

presenta á nuestra vista entre truenos y relámpagos como en el Sinaí, pero ahí escondido bajo los accidentes de pan, exige de nosotros que interior y exteriormente le tributemos el acatamiento debido á su grandeza. Presentarse ante su trono sin compostura y devocion, y estar en su presencia distraído y tal vez en objetos criminales es insultarle en su misma casa, y hacerse acreedores á los grandes castigos que como habeis visto envia el Señor á los profanadores de sus templos.

Plegue á Dios que aprovechándoos de la instruccion que acabais de recibir, ofrezcais al Señor en su templo un corazon puro y sincero, y unas oraciones fervorosas, que suban hasta su trono en olor de suavidad. Ojalá que os decidais á respetar y venerar de tal modo el Santuario, que complacido Dios de vuestro modo de obrar os dé en recompensa la posesion del templo de la inmortalidad que es su gloria. *Amen.*

SERMON

PARA EL MIÉRCOLES

DESPUES DE LA CUARTA DOMINICA DE CUARESMA.

Si la fé nos ha de salvar, es necesario que haya una union íntima entre ella y las buenas obras.

At ille ait: Credo Domine. Et prociens adoravit eum.

Y él dijo: creo, Señor. Y postrándose le adoró.

Joan. cap. IX, v. 38.

Uno de los milagros mas asombrosos que hizo Jesucristo durante los tres años de su predicacion, es sin duda el que nos refiere el Evangelio de este dia, el cual lejos de admirar á los sábios doctores de la Sinagoga, produjo en ellos un efecto contrario, pues que llamaban pecador al que dió vista al ciego de nacimiento, porque en sábado habia obrado aquella curacion, y escomulgaron al que habia sido ciego, por el solo delito de confesar á presencia de todas las gentes la bondad y misericordia que con él habia usado Jesus. La conducta de este ciego vá hoy á confundir á la fé de muchos cristianos, cuyas obras estan á gran

distancia de aquellas que deben caracterizar á los fieles hijos de la Iglesia católica. Oigamos ante todo el testo evangélico. «Como Jesus hubiese visto á un hombre ciego de nacimiento, le preguntaron sus discípulos: Maestro: ¿quién pecó, éste ó sus padres para haber nacido ciego? Y Jesus les respondió: ni este pecó, ni pecaron sus padres, mas nació ciego para que las obras de Dios se manifiesten en él. Es necesario que yo obre en conformidad con aquel que me envió, mientras es de dia: vendrá la noche, y ninguno podrá obrar. Mientras estoy en el mundo, luz soy del mundo. Cuando esto hubo dicho, escupió en tierra, é hizo lodo con la saliva, ungiendo con él los ojos del ciego, diciéndole: lávate en la piscina de Siloe. Se fué pues, y se lavó, y quedó con vista.» Hasta aquí solo nos demuestra el evangelista el hecho milagroso de dar vista al que siempre habia carecido de ella, valiéndose el Salvador de una materia mas propia para cegar que para recuperar la vista. En seguida nos presenta al ciego delante de los fariseos que le hacen varias preguntas, tanto á él como á su padre, á quien habian hecho comparecer: preguntas dirigidas, no con el objeto de esclarecer una verdad que no podian ocultar, sino con el fin malévolo de desfigurarla y desacreditar á Jesus, á quien llamaron pecador. ¡Qué admirable aparece á mi vista la contestacion que el que habia recobrado la vista dirige á los fariseos! Ella es una manifestacion palpable de la fé que ya ardia en su pecho. «Cierto que es cosa maravillosa, les dice aquel hombre, que vosotros no sepais de donde es el que me dió la vista, pero ello es que abrió mis ojos. Y sabemos que Dios no oye á los pecadores: mas si alguno es temeroso de Dios, y hace su voluntad, á este oye.

»Nunca fué oido que abriese alguno los ojos de uno que nació ciego. Si este no fuese de Dios, no pudiera hacer cosa alguna. Respondieron y le dijeron: ¿en pecado has nacido todo, y tú nos enseñas? Y le echaron fuera. Oyó Jesus que le habian echado fuera, y cuando le halló le dijo: ¿crees tú en el Hijo de Dios? El respondió, ¿quién es, Señor, para que crea en él? Entonces le dijo Jesus: le has visto, y el que habla contigo ese mismo es. Creo, dijo entonces el ciego, y postrándose le adoró.» Basta, mis queridos hermanos, pues es tal y tan abundante la doctrina que se desprende de este Evangelio, que dá materia para muchos y diversos discursos. Yo deseo que el que voy á tener el honor de dirijiros en este dia os sirva de instruccion y aprovechamiento para la salud de vuestras almas: como ministro de Jesucristo, y como tal, dispensador de su doctrina, he sido enviado á vosotros para enseñaros los caminos que conducen á la patria, que es el cielo, y advertiros de los precipicios en que podais caer ciegos ó engañados. Por desgracia hay muchos que estan en la errada persuasion de que la fé es suficiente para salvar al hombre, sea cualquiera su conducta y modo de obrar. El ciego de nuestro Evangelio que creyó en Jesucristo, y postrado le adoró. *At ille ait: Credo Domine. Et prociens adoravit eum*, nos demuestra claramente la necesidad de la union intima entre la fé y las buenas obras para que logremos la salvacion.

Ved ya el objeto del presente discurso, para cuyo buen desempeño necesito indispensablemente que el Dios, que oculto en ese Santo Sagrario nos preside, se digne disipar las tinieblas de mi tosco entendimiento con un rayo de su divina luz. Ayudadme á suplicáoselo

por la poderosa intercesion de la Reina de los Angeles María Santísima, saludándola al efecto humilde y devotamente con las espresiones del ángel. *Ave Maria.*

PARTE UNICA.

El triste espectáculo que hoy presentan las sociedades cristianas es por cierto desconsolador á los ojos de los ministros de la Iglesia de Jesucristo. Al ver publicarse muchos escritos cuyas marcadas tendencias son combatir á nuestra religion augusta: al oír esas blasfemias que á cada momento llegan á nuestros oídos, dirigidas contra nuestro Dios y contra lo mas sagrado de nuestro culto: al observar los muchos y diversos ídolos ante los cuales veo quemarse olorosos timiamas, pues que cada cristiano forma un ídolo de la pasion que mas le halaga, no puedo menos de elevar mis ojos al cielo, y esclamar: ¿Es este, oh Dios mio, tu escojido pueblo? ¿Son estas las criaturas á quienes rescatásteis del dominio del demonio con el precio infinito de vuestra preciosísima sangre, pasion y muerte? ¿Son estos los llamados á la participacion de los Santos Sacramentos, y que en el bautismo hicieron formal y solemne renuncia de las pompas y vanidades del mundo.

Si, amados oyentes: son cristianos porque están bautizados, pero solo esto tienen de cristianos: preguntadles si son hombres de fé, y se darán por ofendidos con vuestra duda: no tardarán en contestaros que creen en Dios y en su Iglesia, y en cuanto esta manda creer á sus hijos. Ciertamente que esto es una contradiccion monstruosa que salta á la simple vista, bien así como nos reiríamos de la infidelidad de aquel va-

sallo, que publicando á presencia de las gentes su amor y veneracion el monarca, viéramos que sostenia una guerra contra él, y trataba de contribuir con sus fuerzas para colocar á otro en su trono.

El apóstata Lutero que en el delirio de una imaginacion exaltada por la soberbia, se propuso destruir todo sano principio, enseñaba la falsa doctrina de que la fé por sí sola puede salvar al hombre, sean buenas ó malas sus acciones: y otros herejes con Wiclef, han dado en el extremo contrario: pero ambos son igualmente falsos y condenados por la Iglesia. La fé es un don de Dios concedido á sus criaturas, sin el cual no podemos salvarnos: por la fé estamos obligados á creer todo cuanto la Iglesia, que está gobernada y regida por el Espíritu Santo, nos manda creer, y basta negar uno solo de sus dogmas para perder la fé, y hacernos herejes. La falta de fé ha causado en todas épocas daños de gran tamaño á la religion y aun á la misma sociedad. ¡Qué hermosa es la fé! Ella nos guia al cumplimiento de nuestros deberes, alienta nuestra esperanza y anima el fuego de nuestra caridad: guiando nuestro entendimiento mas allá del sepulcro, hácenos suaves y dulces los trabajos y aflicciones que el mundo nos ofrece, por la confluencia que nos infunde de una vida futura.

Considerad, os ruego, qué es la vida del hombre sobre la tierra, y conoceréis que vive envuelto en una cadena de aflicciones, sinsabores y desgracias de la que no puede desprenderse: la escasez le espone á punto de desesperacion; las enfermedades le dejan en el mayor abatimiento, por los dolores y la pérdida de las fuerzas: está en abundancia, puede á causa de sus riquezas rodearse de comodidades, y la muerte le

arrebata á la esposa á quien amaba, ó al hijo que era el tierno objeto de su cariño: forma planes que no puede realizar; concibe proyectos que se desvanecen: si es rico, se ve rodeado de lisonjas y adulaciones; si pobre, es mirado con desprecio: si es versado en las ciencias, la envidia le produce enemigos; si es ignorante, es mirado con desden y sirve de objeto de mofa: si es complaciente y buen amigo, recibe desengaños; si formal y sin amistades, es murmurado y llamado insocial. Si esto es una verdad que no podeis menos de conocer, ¿podrá hallarse felicidad en la tierra?

Al verse Job privado de sus bienes y cubierto de llagas, conoce lo miserable de la vida del hombre y prorrumpe en estas dolorosas exclamaciones: «Perezca el dia en que nací y la noche en que se dijo, concebido ha sido el hombre: conviértase en tinieblas aquel dia; oscurezcanle tinieblas y sombra de muerte: tenebroso torbellino posea aquella noche... maldíganla los que maldicen el dia, los que estan prontos para despertar á Leviatham... ¿Por qué no he muerto en el útero materno ó luego que salí del vientre de mi madre?... ¿Por qué me alimentaron los pechos?... ¿Por qué fué concedida la luz al miserable, y vida á aquellos que estan en amargura de ánimo (1)?» Cierto es mis amados oyentes, que tan grandes son las aficciones del mundo, que el hombre deseara muchas veces no haber nacido si no fijara su vista en otra vida mas feliz que está al otro lado del sepulcro. ¿Quién nos sostiene y nos alienta en medio de tanta miseria, á través de tamaños sinsabores como nos rodean en el mundo? La fé: esta virtud

(1) Job, cap. III, v. 1 et sequentibus.

sobrenatural que nos hace mirar la presente vida como cosa pasajera, alentándonos en la esperanza de la vida hermosa y para siempre feliz de la gloria.

Dirigid vuestra vista á los cristianos de los primeros siglos y observarlos á través de las grandes persecuciones que se suscitaron contra la Iglesia de Jesucristo. Quién les daba ánimo para confesar el nombre del autor augusto de nuestra religion sacrosanta, á presencia de sus mas implacables enemigos? ¿Quién les comunicaba aquel valor con que caminaban al lugar de los tormentos, aquella serenidad con que miraban las hogueras, los garfos, y demas instrumentos destinados al martirio de los cristianos? Quién conducia á tanta multitud de varones esforzados, á tantas delicadas vírgenes y hasta á los niños, que llenos de alegría, y rebosando sus almas en júbilo corrian presurosos á los tormentos? La fé: y la fé fué siempre la que dió conformidad á los cristianos para sufrir sin lamentarse las angustias, las tribulaciones, las enfermedades y toda suerte de trabajos. Cada dia vemos cristianos postrados en el lecho del dolor, que lejos de quejarse de sus padecimientos, los encuentran dulces y anhelan por la hora de entrar en mejor vida. ¿Y quién obra tales prodigios que muchos hombres no conocen? La fé: esta virtud hermosa que sabe hacer maravillas, y que á tantas almas ha conducido al cielo.

Oid mis hermanos, el elogio que de esta virtud hace el apostol San Pablo. La fé, dice, es la sustancia de las cosas que esperamos, argumento de las cosas que no aparecen: por la fé alcanzaron testimonio los antiguos. Por fé ofreció Abel á Dios mayor sacrificio que Cain: por fé fué trasladado Henoch: por fé fué